

CARTAS SOBRE LA MESA

LOS INTELLECTUALES Y EL PODER

Dr. Enrique Krauze

He leído con creciente estupor la airada réplica del señor Gerardo de la Concha a mi artículo “El fin de la conjura”, publicado en el número 22 de *Letras Libres*. En ella, el señor De la Concha —cuya obra, por otro lado, respeto profundamente— me acusa de realizar una clasificación de los intelectuales que simplifica en exceso el papel que éstos han tenido en nuestra vida pública al considerarlos como “conjurados” o como “lamesuelas”. Por desgracia, el señor De la Concha tergiversa mi punto de vista sin el menor recato. En principio, se niega a aceptar que, como está claramente especificado en su parte introductoria, la intención de mi ensayo no era establecer *mi* propia clasificación de los intelectuales, sino dar cuenta de cómo en reiteradas ocasiones, durante los últimos 71 años, el poder político se empeñó en asignar a los intelectuales a una u otra categoría. Al contrario de lo que el señor De la Concha afirma, en mi ensayo denuncié este fenómeno y hago votos para que, en el marco de la nueva etapa que vive el país, se extinga definitivamente esta perversa práctica. Fue el poder quien trató a Vasconcelos, Gómez Morín, Revueltas, Paz o numerosos defensores del EZLN como *conjurados*, y fue el poder quien vio a Guzmán, Lombardo, Uranga, Yáñez y numerosos críticos del EZLN como *lamesuelas*. No yo. De ahí que no pueda entender por qué motivo el señor De la Concha piensa que yo lo llamo *lamesuelas* debido a sus opiniones críticas hacia el EZLN. Al igual que el señor De la Concha, creo que un intelectual puede legítimamente criticar al EZLN (yo mismo lo he hecho), o bien defenderlo, de acuerdo con sus particulares convicciones, sin que por ello nadie lo considere *conjurado* o *lamesuelas*. Al igual que al señor De la

Concha, me parece legítimo (como cualquier decisión personal) que un intelectual decida trabajar para el gobierno, sólo que en ese caso sus opiniones públicas son ya las de un funcionario (que responde a los intereses del Estado) y no las de un ciudadano independiente. Y, al igual que el señor De la Concha, creo en el debate y el intercambio de ideas, pero no en la descalificación *a priori* ni en la deshonestidad intelectual que representa distorsionar las palabras de otro. En resumidas cuentas, considero que entre las ideas del señor De la Concha y las que expongo en mi ensayo hay más coincidencias que diferencias. Es una lástima, pues, que una lectura poco atenta o la mera voluntad de confrontación hayan desatado en él este ánimo persecutorio —justo lo que él mismo dice denunciar—, pues nos hallamos en un momento en el cual la razón y la voluntad de diálogo debieran ser la tónica dominante en nuestras discusiones públicas.

Atentamente,
— JORGE VOLPI

ANECDOTARIO PERSONAL

Estimado Enrique:

Por leer *Letras Libres* de este diciembre de 2000 comparto dos vivencias en obsequio o secuela de tu trabajo sobre José Vasconcelos y el de Carlos Monsiváis sobre Gonzalo N. Santos. Ambas ocurrieron en 1959.

Oficina del secretario particular (“el Sr. Sosa”) del secretario de Hacienda y Crédito Público, Antonio Mena. Después de empaparnos con zalamerías y pedir que esperemos un tiempo más al inefable funcionario crónico, le informan que está afuera Gonzalo N. Santos, acompañado de su hijo Gastón. Vuela

el “particular” a recibir al megacacique. Le hace saber que es un honor recibirle, que es un hombre histórico, que la Historia Mexicana no se entendería sin él, que su regocijo es cabal, que es un señor magnífico.

“Párale, párale —replica el desdeñosamente perverso ser humano—, yo sólo soy una víbora, párale, párale”.

Fundador con otros compañeros de un “membrete” u organización estudiantil llamado “José Vasconcelos”, ocurrió a verle en la biblioteca ahora con su nombre. Le dije que fundamos un centro cultural, que pensábamos estudiar la historia de México y a sus creadores, que el lema de la agrupación era “México, espíritu y cultura”. “Me parecen bien sus intenciones”, consintió. Sin enojo, suspirando, me dijo: “Olvídense de México, concéntrense en el espíritu, en la cultura”. Él tampoco olvidó.

Te saludo afablemente,
— FROYLÁN LÓPEZ NARVÁEZ

AVISO A NUESTROS LECTORES

Letras Libres comienza este 2001 con un nuevo precio de cuarenta y cinco pesos por ejemplar. La revista se ve obligada a este incremento por diversos factores del mercado y pide la comprensión y el respaldo que hasta la fecha nos han brindado nuestros lectores. El precio de la suscripción anual lo mantendremos, por unos meses, igual que el del año pasado. No son comunes en nuestro país los medios impresos independientes, aquellos que sólo viven del apoyo de sus lectores y anunciantes. *Letras Libres*, como uno de ellos, seguirá ejerciendo su condición de medio libre, crítico y defensor de las libertades. —

♦ *Cartas sobre la mesa* es una sección del lector, hágala suya con sus comentarios y sugerencias. Envíe sus cartas, con una extensión no mayor de una cuartilla, vía fax (658 00 74), por correo electrónico (cartas@letraslibres.com) o por correo (Presidente Carranza 210, Col. Coyoacán, 04000, México, D.F.).